



Palabras: refugio atemporal, casa perpetua

Arnoldo Kraus

La palabra, ese instrumento a un tiempo mágico y fantasmal, es el tema de esta digresión de Arnoldo Kraus, donde los límites de lo decible y las paradojas de la poesía van en busca del ser profundo de la naturaleza humana. El autor nos recuerda, con Heidegger, que el lenguaje es la casa del ser.

Las palabras tardan en llegar. Primero la mirada, la luz, el gusto, el calor, el tacto. Primero el sonido, el mundo. Habitadas por la noche y por la nada, la tierra y el cielo eran mudos. Mudos desde la concepción, mudos sin saber de las palabras. El mutismo del mundo no dolía, no sufría, no increpaba. Era el reino del silencio, de las palabras pequeñas, lentas, pausadas. La quietud vindicaba el triunfo del silencio.

Las palabras tardan en llegar. Los recién nacidos miran antes de hablar, observan sin tocar, ven antes de entender. Reconocen su entorno, algunas partes de su cuerpo y a sus seres queridos antes de saber que existen vocablos para describir lo que contemplan. Miran sin comprender que lo observado tiene nombre, geografía e historia. Otean sin necesidad de hablar. Lo mismo sucede con

quienes padecen la enfermedad de Alzheimer: su mirada se pierde en el infinito porque la memoria no recuerda el pasado. Unos y otros saben del calor, de la noche y del día pero nada saben de las palabras.

En ocasiones las palabras no son indispensables. El lenguaje corporal de los bebés es un ejemplo. Otro es el amor quedo y brutal de los amantes cuyas ausencias nunca son ausencias: basta rozar la piel, recordar, sentir. Basta pavimentar el tiempo para amortajar el hueco y habitar las huellas de la melancolía, ese espacio donde los tiemposidos pernoctan en espera de la vida nueva. Otro ejemplo es el de la persona que pronto fallecerá y que reclama que se le toque, que se le hable, que se le haga sentir que la muerte se trasciende porque el calor de los suyos es el aliento de la vida.

En los primeros meses de vida no es necesario hablar pero sí mirar y sentir. De la mirada primigenia nacen las imágenes iniciales, las ideas imberbes, las inquietudes tempranas, los tropiezos fundamentales. Se observa como si se escudriñase el infinito, como si se tocase el destino. Se mira para ser mirado. Se siembra como idea del tiempo. La vida acontece, se llena de guiños, de muecas, de rincones. Ése es el corazón de las miradas jóvenes y la virtud de las miradas inaugurales: cosechar el tiempo y permitir que el tiempo coseche el tiempo.

Para hablar es necesario primero observar (quienes nacen ciegos tienen el lenguaje propio de la imaginación y del tacto). Con el tiempo la visión adquiere voz y palabras. Se transforma y se enriquece. Se escruta diferente: los vocablos devienen significados nuevos, entre-sijos inimaginables, sonidos eternos. Se inventan palabras para poder decir lo no dicho, para vivir lo no vivido.



Salvatore Rosa, *Demócrito en meditación*, 1662

Al mirar y hablar se suma de otra forma, no mejor, pero sí diferente. Se siente distinto.

Casi todo lo que se observa puede sentirse, puede decirse. Mirar es encontrar. La mirada nunca finaliza, nunca termina. Es inmune a los dictados de la ciencia o a los preceptos de los filósofos. La mirada que deja de indagar es “anormal”. Es una pequeña muerte, una larga agonía. No en balde Thomas Adorno sostenía que “la normalidad es la enfermedad de nuestro siglo”. La normalidad de los decapitados, de los muertos en las calles de todo el mundo, de los niños desnutridos que se acomodan en una mano nunca será normal para la mirada que escuece, que perfora, que toca, que exige que el espejo se quiebre. Casi todo lo que se avista puede sentirse, decirse. Casi todo, pero no todo.

Muchas vivencias escapan al poder de la mirada a pesar de las palabras, a pesar de intentar transmitir lo que se quiere decir. La muerte es uno de esos casos. La soledad que paraliza es otro ejemplo y la soga del suicida es muestra patente de la insuficiencia del lenguaje. Leo en los hilos de la soga, “la muerte no es sólo una forma de pensar la realidad sino un camino para darle vida a la realidad”. Veo el cuerpo que cuelga. Recuerdo el frío del cuerpo que oscila. Vivo el frío silencio de las paredes, la impotencia del habla. Nada puede suplir el silencio. Ni siquiera el vacío que arroja el silencio. El silencio no mata. Sólo hiere, sólo sacude los polvos de la memoria prohibida. ¿Qué decir?, ¿qué decirle?, ¿qué decirnos?

Leo en la soga: “No paro de morir. No basta la asfixia”. Anagramas del suicida, de la sangre derramada, de todos los tiempos. Imágenes imperecederas, inútiles, secas. Voz sin letras, letras sin papel. Es cierto: muchas vivencias carecen de palabras. El dolor es una herida en los hábitos de la vida, una fractura de los días del mundo y, en ocasiones, un hueco sin fin.

Los maremotos son otro ejemplo vivo de la insuficiencia de las palabras. La mar devora la vida en un segundo. En el mismo segundo de siempre. La naturaleza a nos engulle en el segundo de ayer, en el segundo de hoy, en el segundo de mañana. En el instante del alumbramiento y en el de la muerte. Muchas vivencias buscan palabras imposibles para detener el vaivén de las palas, para menguar el tormento de la tierra, para enfriar la eternidad de la muerte. El sufrimiento y el dolor pueden ser el acmé de esa imposibilidad. Así lo vivía Daudet. En *La tierra del dolor* declaraba:

¿De qué sirven las palabras para todo aquello que se siente a fondo en el dolor (y también en la pasión)? Aparecen cuando todo ha acabado ya, se ha calmado ya. Nombran recuerdos estériles o mendaces.

Ninguna idea general acerca del dolor. Cada paciente se hace la suya, y el padecimiento cambia, igual que la voz del cantante según la acústica de la sala.



Virgil Solis, *Melancholicus*, 1550



Jacob II de Gheyn, *Melancholicus*, 1596

La mirada preñada del lenguaje del dolor necesita palpar de otra forma. De una forma que hiera pero que no mate, que lacere pero que permita respirar. “El dolor traza en las mejillas rudas páginas cuneiformes” escribió Anna Ajmátova. “El dolor aviva la voz y delimita las fronteras entre el deseo y el movimiento, entre la luz de ayer y la penumbra de hoy”, escribió un enfermo.

A pesar de todo, frente al dolor y a la muerte las letras son el único y el último consuelo. Son el camino para combatir la ausencia total y para impedir que las almas se marchiten en su viaje a la Tierra. O como dijo René Char: “el poema es el amor realizado del deseo que permanece deseo”. Cuando se sufre y no basta la voz, pocos

logran mirar callados y pocos habrán conseguido morir en silencio.

Las palabras tardan en llegar y, con frecuencia, son insuficientes. No es que falten, no es que callen, no es que queden sepultadas en los rincones del olvido. No bastan porque no todo se ha escrito. No alcanzan porque siempre se muere distinto, porque cada amor tatúa diferente. “Escribir en las cenizas del lenguaje” exige, como escribió Paul Celan, reinventar las palabras que aminoren la inmensa carga de la realidad. ^[1]

Agradecemos la colaboración de Germaine Gómez Haro para ilustrar este texto.

En ocasiones las palabras no son indispensables.
El lenguaje corporal de los bebés
es un ejemplo. Otro es el amor quedo y brutal
de los amantes cuyas ausencias nunca son
ausencias: basta rozar la piel, recordar, sentir.